

Si has de meterte en la cama  
 Con un talego de duros?  
 Cuando te empache la fiesta,  
 Dirás del oro al halago:  
 Si buen dinero me trago.  
 Buenos suspiros me cuesta.  
 Mas ¡tendrás gana de risa  
 Si tu mujer se incomoda,  
 Y te encaja que á la boda  
 Fuiste con mala camisa?  
 Por no armar un alboroto  
 Huyo de trance tan fiero:  
 Mujer que tiene dinero  
 Nunca lo echa en saco roto.

Sin embargo, yo tengo motivos para creer que *Hambre-  
 va* fué mucho mas feliz casado con una vieja, que casado  
 con la miseria; pero como una opinion no es mas que una  
 opinion, á los que no les parezca bien, que no la sigan, y á  
 los que les agrade que la pongan en planta.

NICETO DE ZAMACOIS.

6632

## EL CELIBATO.

He aquí á un hombre que no ha amado nunca, un hom-  
 bre que pasa por en medio de las mas delicadas flores de  
 un ameno pensil, sin dar preferencia á ninguna, porque pa-  
 ra él tanto vale la amapola como el azulado lirio matizado  
 de delicados colores; otro Gomez Arias, que para probar  
 que no se debía amar á una sola mujer, decia á *Jinés* su  
 criado que reprendia su volubilidad:

Para ser perfecto amor,  
 Perfecto ha de ser por fuerza  
 El objeto que se ame.  
 —La mayor concedo. — Espera;  
 No hay tan perfecta mujer  
 Que algun defecto no tenga.  
 —Concedo la menor. — Luego  
 Preciso es que me concedas

Que no hay tan perfecto objeto  
 Que todo un amor merezca:  
 Luego querer yo el alino  
 De una, de otra la belleza.  
 De otra el ingenio, y de otra  
 La calidad y las prendas,  
 Es tener perfecto amor,  
 Pues quiero en cada una de ellas  
 La perfeccion que hay en todas.

Es decir, que así como *Neron* anhelaba que el imperio  
 romano no hubiese tenido mas que una sola cabeza, para  
 tener el gusto de cortarla, Gomez Arias queria que todas  
 las mujeres del mundo no hubieran formado mas que una  
 persona, para haber tenido la delicia de amarla; pero como  
 esto sea imposible, de aquí resulta, la consecuencia es cla-  
 ra (mis consecuencias nunca son oscuras), que el Celibato,  
 fiel retrato del referido Gomez Arias, nunca encuentra la  
 felicidad, porque consistiendo ésta en aquella tranquilidad  
 de espíritu que nada ambiciona, él jamás la llega á disfru-  
 tar, pues su deseo es un absurdo que nunca podrá ver cum-  
 plido. Es verdad que la mayor parte de los hombres son  
 variables (perdóneme el sexo brusco que tan bruscamente  
 le ataque); pero es raro el que (tras de un agravio un favor)

Despues de ir de flor en flor,  
 Admirando todas ellas,  
 No aparta de las mas bellas  
 La que él juzga la mejor;  
 Flor que cuida con afán,  
 Y en la que cifra su encanto,  
 Y que á amar la llega tanto  
 Como el acero al iman.

Y esto es tan cierto, que el invencible *Hércules*, que tanto  
 aborrecia el amor, llega al fin, no pudiendo ya resistir á la  
 pasion que le habia inspirado *Iole* [1], á decir la estas pa-  
 labras:

¡Qué bruto el tiempo viví,  
 Iole, que viví y no amé!  
 Mas digo mal, que no fué  
 Vivir, solo durar sí,  
 ¡Estas delicias en sí  
 Tenia amor! ¡Qué mal he hecho  
 En tratarle con despecho!  
 ¡Mas qué mucho! No sabia  
 Que tan dulcemente ardía. . . .

Tambien Guevara, en el drama de *Escosura* titulado *Igua-*

(1) Calderon de la Barca. — *Fieras afemina amor.*

nota", nos hace ver que por libertino que haya sido un hombre, llega por último á curar toda su dicha en la mujer que ha conmovido su corazón: oigamos lo que le dice á su amigo Mugica.

Tú no alcanzas, ya lo veo,  
Lo que va de un galanteo  
Al sufrir de cuando amamos.  
La dama que deseamos  
Es cebo que nos alienta,  
Fuente que á boca sedienta  
Convida con la frescura:  
Toca el labio su hermosura,  
Se humedece y se contenta.  
Pero amor á una mujer,  
Convierte en Dios que se adora,  
De quien con ruegos se implora  
Que nos deje padecer,  
Desear sin pretender,  
Dar la vida sin pedir  
Mas que el triunfo de morir  
De su dama, eso es amar;  
Que es difícil explicar,  
Mas penoso de sentir.

¿Y qué hace el D. Luis Mejía, el émulo en maldades y rival de D. Juan Tenorio? ¡No llega á decirle á éste que le ha robado su felicidad en la única mujer que había amado, y á la cual ya no se podía unir! La confesion sola de este personaje, si no hubiera otras razones, seria suficiente á probar que el hombre no puede vivir sin una compañera.

Pues ese Supremo Ser  
Que al hombre en su maldición  
Predestinó á padecer,  
Le ofreció por compasión  
El amor de una mujer.

Como dice Diaz. Así es que aquel que no llega á preferir á ninguna y permanece toda su vida soltero, puede decirse que es una planta que vegeta sin esperar los goces que disfruta el hombre al lado de una compañera que le ama como á si misma.

Ya me parece que oigo decir á algunos: ¡Cómo es eso, señor articulista! ¿pues no hace pocos dias que en *El hombre sin blanca* era vd de contraria opinion, y no pone vd. este versito y otros parecidos á éste?

De las cosas de este mundo  
Yo no sé cuál es peor,  
Si el casarse, ó el morirse,  
O el ser pobre. . . ¡qué sé yo!

Si señores, todo eso es verdad; pero debo asegurar á vds. como hombre honrado (con que yo lo diga que soy, basta) que los poetas somos (ya me meti en el número por un descuido) como los patrioteros, es decir que tenemos todas las opiniones, ó mejor dicho, que no tenemos opinion ninguna; así es que escribimos, no aquello que sentimos, sino lo que jazzamos que será leído con placer; pero entremos en materia, porque como dice Rubi:

Además el cuento aqieste,  
Tan largo haciéndose va.  
Que yo no sé si este cuento  
Será el de nunca acabar.

Era D. Bartolo Panzahenchida un hombre que frisaba en los cuarenta y cinco años de edad, ancho de cara, abultado de vientre, cuelllicorto, semi-enano, y respecto á opiniones políticas un paucista, seguramente para estar en armonia con su fisico. Agregábase á esto, que tenia un considerable caudal que influia mucho á darle ese carácter de malcriadez, propio de los brutos con dinero, porque decia con el héroe de Breton, cuando algun hidalgo se oponia á sus miras amorosas:

¡Ay que vd. corre al abismo!  
¡Qué hará vd., pobre simplon,  
Con una fe de bautismo,  
Con un rancio cronicon?  
¡Dirá vd. al carnicero  
Tome vd., que esto es dinero!  
Si no por mi juventud  
Y por mi buen parecer,  
Al menos por gratitud  
Quizá me ame una mujer;  
Y si me falla el agüero,  
Me consolará el dinero.

Así es que permanecia soltero, porque decia, y decia mal, aunque el refran diga lo contrario, que el *buey suelto bien se lame* pues no en todas partes se puede lamer; por ejemplo, entre oreja y oreja le seria imposible. Sin embargo, él vivia solo (es decir, solo en su casa, porque fuera de ella parece que tenia persona de interés á quien visitar). Un criado era el que cuidaba del arreglo de su habitacion, que se reducia á hacer la cama y barrer el cuarto en que estaba ésta. Panzahenchida no permanecia en su casa mas que el tiempo preciso para vestirse, pues solo venia á ella á dormir á una hora avanzada de la noche, pues como se desayunaba en la fonda, almorzaba en la fonda, comia en la fonda y cenaba en la fonda, porque en la fonda habia una morena de ojos negros que manifestaban un fondo de amor.

que él en su fondo codiciaba profundamente, aunque ella [entre paréntesis sea dicho] nunca le había dado motivo en que fundar esperanza alguna; pero los mozos del establecimiento, que, como dice Lope de Vega,

Aun los criados, señor,  
Domésticos enemigos,  
Son otros tantos postigos  
Por donde entra el deshonor,

habían conocido el interés de D. Bartolo, le daban esperanzas de conseguir su objeto, y le servían de tercero, llevando á la linda fonderita una que otra carta amorosa, cuyos portes no dejaban de ser algo subditos.

Mientras aquí el infeliz Panzahenchida desembolsaba pesos duros sin conseguir nada, la persona á quien visitaba, y á la que (según malas lenguas) pasaba una renta considerable para que viviera decentemente, tenía relaciones (según también malas lenguas) con otro á quien ella llamaba primo, aunque algunos aseguraban que era algo más que primo. Sea de esto lo que fuere, porque bastante tiene cada uno de qué reprenderse sin meterse en la vida privada de los otros, y siguiendo el sábio refrán de

Cada uno en su casa  
Y Dios en la de todos,

sigamos á D. Bartolo, en la noche en que nos encuentra esta verdadera historia, saliendo de la fonda y caminando á la casa de Consuelito [nombre de la persona á quien visitaba]

—¿A dónde va vd. tan despacio, Sr. Panzahenchida? le dijo un jóven de buena presencia, que se encontró con él á los pocos pasos. [Bueno será advertir que D. Bartolo no podía andar mas ligero]

—Voy á hacer una visita.—¿Una visita á esta hora?

—Vaya, ya comprendo... irá vd. á ver alguna Dulcinea... Es vd. muy veterano... la plaza que vd. ataca... ¿Y qué tal, es bonita?—En mi opinión es lo más lindo del universo.—No será superior en belleza á la que cautiva en este momento mi corazón.—¿Cómo! ¡ya ha abandonado vd. á la viudita! Es vd. el mayor calavera que he conocido, D. Félix.—Hace quince días.—¿Y será casada, por supuesto, la que la ha sustituido?... ¡pobre marido! ¡Ah! no hay como el estado de soltero, porque la que escogemos, por temor de que la abandonemos nos es siempre fiel.—Pues la de quien yo hablo pertenece á las que vd. defiende.—¿Cómo!... ¡No es casada!—Un viejo muy rico y tan tonto como rico, según ella me ha asegurado, es su protector.—No hay regla sin excepción; pero yo estoy seguro de que mi Consuelito jamás cometerá una infidelidad.—¿Cómo! ¿Se llama Consuelito el dulce consuelo que consuela el desconsuelo de vd.?—Sí; pero ¡por qué

me hace vd. esa pregunta? [El interrogado se inmuta.] ¿Lo conoce vd. por ventura?—¿No es la que vive en la calle H. núm. 19? dijo D. Félix recobrando su serenidad.—La misma; pero vd. ¿de qué la conoce? ¿Es esa la que...—La conozco porque ha sido para mí la mujer más cruel del mundo, un año entero la perseguí sin descanso, sin alcanzar en premio otra cosa que desprecios y calabazas.—¿Es posible! dijo henchido de gozo Panzahenchida. ¡Ah! Bien decía yo que Consuelito...—Es otra Lucrecia: vamos, es vd. dueño de un tesoro inestimable de hermosura y de virtud.—Así lo creo, así lo creo—Si no me dice tan pronto su nombre caigo en las astas del toro, dijo para sí D. Félix.—Pues amigo mío, yo voy de prisa, si vd. gusta venir...—Gracias, D. Bartolo, á Dios.—A Dios, D. Félix

Las doce de la noche daban en el reloj de... cuando Panzahenchida llegó á la casa de su adorado objeto, y llamó á la puerta.—¿Quién toca á esta hora, Consuelito! preguntó un hombre que estaba dentro, y á quien como hemos dicho le daba ella el nombre de primo.—Sin duda es D. Bartolo; pero no te inquietes, me haré sorda, hasta que aburrido de llamar se largue á donde más falta haga.—Has pensado con acierto.—Al fin es tan tonto, que mañana con cualquier pretexto que le dé se queda más satisfecho y más ancho que un pavo.—No te olvides de pedirle los doscientos pesos para aquel negocio de que hemos hablado.—Vive descuidado: yo no pierdo el tiempo, porque sé que así como la que es legítima esposa debe ser económica y pedir lo menos posible á su marido, la ilegítima debe aprovechar los instantes, y sacarle lo más posible, por si algún día se llega á ver abandonada.

Ved ahí, celibatones,  
De esas mujeres la táctica;  
Aman á vuestros doblones,  
Y al dejarlos sin calzones,  
Ponen el desprecio en práctica.  
Buscar la dicha que arrasan  
Con ellas, es una andrómida:  
Mientras de los que se casan  
Y vida felice pasan,  
Es larguísima la nómina.

Pero volvamos á Panzahenchida. Cansado ya de llamar y de estar esperando, ora descansando sobre un pie, ora sobre otro, se pasó á la acera del frente para ver si descubría luz en la sala; pero notó que todo estaba en la mayor oscuridad y silencio; gracias á Consuelito, que la había apagado con tiempo, calculando lo que había de suceder. Creyendo, pues, que estaría durmiendo, y no queriendo incomodarla, se

preparaba á marchar, cuando se sintió mojado de piés á cabeza de un liquido semicaliente que habian arrojado de una ventana: alzó la cara para ver quién habia sido la descortés persona que lo habia bañado á su pesar, y sintió desgarrado su cútis por las agudas uñas de dos enormes gatos que estaban peleando en la orilla de la azotea y faltándoles el piso habian caído sobre su ancho rostro. Bañado en sangre y sufriendo los mas agudos dolores, emprendió una horrorosa retirada hácia su casa; pero no bien habia dado veinte pasos cuando se sintió agarrado por el frente y por la espalda, y amenazado por los afilados puñales de dos de esos que pertenecen á los que codician los bienes ajenos.

—La bolsa ó la vida, exclamaron los dos ladrones á un tiempo.

—¡No me maten, por Dios! que yo daré de buena voluntad y que no hay remedio, cuanto llevo. Pero aquel terrible tribunal no quiso que se tomara aquella molestia, y él mismo lo despojó del reloj de oro que llevaba, de seis onzas y del frac que habia estrenado aquel mismo día.

—¡Serenos!... Ladrones hay en casa: corra vd! gritaron en aquel mismo instante en el balcon de la casa junto á la que se hallaba D. Bartolo.

Los que habian despojado á éste huyeron al escuchar aquellas voces, pero sin soltar su presa. La puerta de la casa en que pedian auxilio se abrió, saliendo por ella cuatro hombres enmascarados que dejaron caer una canasta llena de ropa junto á D. Bartolo: los serenos llegaron cuando aquellos iban ya á considerable distancia, y solo se encontraron con el infeliz Panzahenchida, al cual, viéndole en mangas de camisa y con la canasta de ropa á sus piés, le creyeron ladrón y le amarraron fuertemente.

En vano se afanaba en querer persuadirles que era inocente, y les referia lo que le acababa de suceder: los serenos no dieron crédito á sus palabras, y le condujeron preso á la Diputación, haciéndole cargar la canasta de ropa. Aquí al verse colocado entre multitud de malhechores, pidió que le pasieran en el cuarto que hay destinado para los decentes; pero como le exigieron veinticinco pesos para complacer su gusto, y no teniendo ni un medio, tuvo que pasar la noche entre aquella gente perdida.

—Camarada, le dijo uno de los de mas mala catadura, ¿por qué gracia te han conducido á este santo lugar?

Panzahenchida guardó silencio.

—¡Eres sordo por ventura! No; mas bien tienes facha de tonto.

—Hágame vd. el favor de no usar conmigo esas chanzas, replicó D. Bartolo no pudiendo reprimir su enojo.

—Vamos, ya veo que no eres sordo; pero no me cabe duda en que eres nuevo en el oficio.

Panzahenchida no pudo sufrir con paciencia este nuevo insulto, y arremetió con el brazo levantado hacia el que lo provocaba. El maton le esperó tranquilo, y estrechándolo fuertemente en sus robustos brazos, lo levantó á considerable altura y dió con el desventurado D. Bartolo de espaldas en el suelo, con gran regocijo de todos los demás presos.

Largo rato se estuvo montado sobre el celibato, descargando faribundas trompadas hasta que al verle casi sin aliento le dejó descansar.

D. Bartolo esperaba con impaciencia la luz del nuevo día, creyendo que con ella acabarían sus padecimientos; pero se engañó: el día llegó, y él se vió obligado á caminar hácia la Acordada, cargando, como es costumbre, el cuerpo del delito, en la *remesa*, confundido entre los malvados; pero allí por fortuna, se encontró con el juez que era intimo amigo suyo, é inmediatamente fué puesto en libertad.

Llegó á su casa el infeliz con mil trabajos y penas, deseando descansar y ponerse en cura; pero ¡cuál fué su sorpresa al no encontrar en ella mueble alguno, ni aun la cama de que tanto necesitaba: corrió á la alacena en que tenia guardado el dinero y un considerable servicio de plata, y la encontró vacía! Dió gritos, llamó al mozo; pero nadie respondió: salió á la calle, preguntó á la vecina de enfrente si habia visto á su criado; á lo cual respondió que sí, y que habiéndole preguntado para dónde llevaba los muebles, le habia respondido que se habia mudado su amo á la calle R. núm. 3.

—¡Infame! exclamó Panzahenchida; ¡me ha robado!... ¡Ay señora! Duélase vd. de un hombre solo. (Ya empezó á conocer cuán triste era la soledad.) Hágame vd. favor de prestarme un colchon donde me acueste, y un mozo que me dé algunas friegas en el pulmon, que lo tengo morado á golpes.

La vecina era asaz caritativa y le prestó cuanto pedia, amen de un poco de aguardiente para las friegas. El mozo, que nada tenia de fino, empezó á sobar con fuerza los pulmones de D. Bartolo, quien sintiendo que le desollaban, esclamó:—No quiero que me frotes con lija, señor, costó el mozo.—Pues ¿con qué? ¿Con algun cepillo?—Tampoco, señor; con la mano solamente.—¡Jesus, y qué mano!

No bien se habia acabado esta operacion, cuando entró á visitarle D. Simon Cachaza, hombre formal y de edad algo avanzada.

—¿Qué es esto, Sr. Panzahenchida? ¡V. acostado en el suelo? ¡Ha vendido vd. todos los muebles de la casa?

—Me han robado, amigo D. Simón.

—¿Han robado á vd?

—Sí; y Panzahenchida contó al Sr. Cachaza, que le estuvo escuchando con cachaza, cuanto le habia pasado.

—Ya esperaba yo que le habia de suceder á vd. un chasco semejante. Amigo mio, el hombre solo está vendido; los criados le roban, las lavanderas le engañan, y las mujeres le roban y le engañan. Cásese vd., amigo mio, cátese vd.: A cierta edad, el hombre necesita una compañera que le cuide con esmero en sus enfermedades.

—Si, porque las manos de lija de los criados son insufribles. Pero tengo yo tanto miedo á ese lazo eterno...

—Deje vd. ese temor pueril; yo he envidiado tres veces y me vuelto á casar otras tantas; así es que yo hablo con experiencia: el estado del matrimonio es el mas feliz, y le aseguro á vd. que si volviera á envidiar por cuarta ocasion, me volveria á casar por conveniencia propia, por economia y por disfrutar de esa tranquilidad que solo en el santo matrimonio se encuentra.

Al concluir estas palabras se abrió la puerta, y entró un mozo con una carta, que se la entregó á D. Bartolo de parte de Consuelito. Despues de haberla leído pidió un tintero, escribió algunos renglones y le dijo al portador:—Vé á la calle de N. núm. 4 y entrega á D. F. este papelito, por el cual te dará los 200 ps. que me pide Consuelito.

El mozo partió inmediatamente, y á la media hora de haber él salido, entró D. Félix desesperado.

—¿Qué tiene vd., D. Félix, que viene vd. de mal humor?

—Sr. Panzahenchida, le voy á vd. á hablar con franqueza Consuelito le es á vd. infiel.

—¿Será posible!...

—Si; jamás le habiera descubierto á vd. este secreto, pero al ver hace un momento, salir de su casa á un jóvon cuya conducta depravada me es muy conocida (hablaba del que pasaba por primo), me ha parecido que debia romper ese silencio y decir á vd. que la persona de quien hablé á vd. anoche que habia sustituido á la viudita, es Consuelito.

—¿Consuelito!... Este desengaño va á costarme la vida! dijo D. Bartolo abrumado con el peso del dolor.

—Consuélese vd., amigo mio, le dijo D. Simón: este golpe será causa de que vd. se reconcilie con el matrimonio y de que sea vd. feliz para siempre.

—Resuelto estoy: ya no quiero

Recibir otro fracaso:

Renuncio ya á ser soltero:

Amigo mio, en Enero

Le juro á vd. que me caso.

¿Qué tarde la he conocido

A la infiel!... ¡Terrible caso!

Mas pues estoy decidido,

Quien me quiera por marido

Segura esté que me caso.

¡Terme á mi por tan bruto

Y de pudor tan escaso

Que sufriera un sustituto!...

¡No soy para amante astuto?...

Pues bien, señores, me caso.

Me caso, si, D. Simón:

Ya quiero dar este paso

Y salir de solteron;

Amo ya de corazon

El matrimonio, y me caso.

NICETO DE ZAMACOIS

## SANTA-ANNA Y LOS CABALLEROS,

6

### AMBICION Y FARSA.

—¿Qué, vas á escribir algun artículo en que immortalices el nombre del héroe de cien batallas, y que renunciando á las comodidades del hogar doméstico, como dicen los independientes del Universal, viene á sacrificarse por elevar su patria á la altura que le corresponde?

—Precisamente; y voy á empezar por lo acertado que ha estado en decretar que se le dé el nombre de Alteza Serenísima, y de resucitar la orden de Guadalupe, haciendo caballeros que den prestigio á la autoridad, que según los independientes del Universal, nadie respetaba. ¿Qué te parece!